

1.8 PSICOLOGÍA DE LA EDUCACIÓN: ¿CIENCIA O ARTE?

Todo el mundo sabe algo sobre la enseñanza. De hecho, todos los padres enseñan a sus hijos, los niños se enseñan unos a otros, y los adultos se enseñan entre sí una multitud de cosas. Asimismo, todo el mundo ha aprendido y sigue aprendiendo en la vida. En este sentido, se podría preguntar si la psicología de la educación es necesaria, puesto que la enseñanza y el aprendizaje son procesos naturales. Es verdad que algunas personas, incluso sin entrenamiento, tienen muchas de las habilidades de los buenos profesores: organización,

motivación, personalidad... Pero también es verdad que la mayor parte de los profesores las han conseguido después de mucho esfuerzo y de una práctica prolongada. La enseñanza está hoy asentada sobre bases psicológicas firmes y en sintonía con los conocimientos actuales sobre el aprendizaje y el desarrollo humano. Los buenos profesores, por lo general, no nacen, se hacen; y se hacen poniendo en práctica los conocimientos psicológicos necesarios para asegurar el mejor aprendizaje del estudiante.

Muchos se preguntan si la psicología de la educación es un arte o una ciencia. Algunos consideran que es un arte porque el profesor debe utilizar experiencias individuales, sentimientos, emociones y valores que parecen escaparse de los moldes de la ciencia. Otros, en cambio, interpretan la enseñanza como una ciencia, ya que la enseñanza es una conducta y, como tal, se puede estudiar científicamente, de manera que sus componentes, habilidades y principios pueden ser objeto de un análisis científico riguroso.

En realidad, la enseñanza es ambas cosas a la vez, un arte y una ciencia. Como arte, la enseñanza seguramente compromete las emociones, los valores y el espíritu de todo el que enseña bien. Los buenos profesores pueden llegar a estar tan profundamente implicados en su trabajo de modelar la mente de sus estudiantes como lo están los pintores o los escultores en su arte de modelado. Como una ciencia, la enseñanza utiliza conocimientos de todas las ramas de la ciencia, especialmente de la psicología, para lograr que los estudiantes aprendan y, sobre todo, aprendan a aprender. Los profesores en su actividad instruccional utilizan el método científico a fin de construir hipótesis, comprobarlas empíricamente y registrar los resultados. Por otra parte, la ciencia y el arte estarían inseparablemente unidos en toda buena enseñanza.

Los buenos profesores son capaces de desarrollar el pensamiento del estudiante, facilitar su madurez científica y humana, controlar eficientemente la clase, ofrecer una enseñanza de calidad, evaluar los resultados del aprendizaje y adaptarse a las exigencias cambiantes según los resultados de la investigación. Se dice que sería absurdo que alguien tratara de evaluar a un joven sin conocimiento alguno de psicología, lo mismo que sería absurdo que alguien intentara componer una sonata ignorando el fenómeno del sonido.

El dilema arte-ciencia se proyecta sobre otro dilema de teoría-práctica. Algunos aluden al problema de teoría-práctica como una disparidad entre dos culturas, la científica y la humanística. La misma división se puede observar en la psicología de la educación. Ninguna de las dos es mejor que la otra, aunque el estatus de las dos culturas puede ser diferente. De hecho, el procedimiento científico se considera más elaborado que la actividad profesional. Pero la diferencia de estatus no es el problema principal. La dificultad es que las dos tradiciones tienen diferentes historias, presiones, procedimientos y maneras de enfocar un problema. El científico experimental puede entrevistar a cientos de sujetos para descubrir posibles variaciones sistemáticas en los procesos personales. El profesor quiere saber qué hacer en un momento dado con un estudiante. El movimiento aquí es de lo general, científico y objetivo, a lo particular, activo y subjetivo. Ambas posiciones pueden verse enfrentadas una con otra.

En muchas ocasiones se reserva el lugar más importante para la teoría; el propósito de la teoría es suministrar un conjunto de explicaciones abstractas, lógicamente coherentes. La teoría suministra razones y principios, y es más bien descriptiva. La práctica suministra una serie de actividades de conductas concretas a hacer y es, por tanto, prescriptiva. La teoría es muy abstracta, la práctica es demasiado concreta. La teoría sin la práctica puede ser una construcción abstracta; la práctica sin una teoría orientadora puede ser una actividad azarosa, fosilizada, una actividad sin consecuencias. Necesitamos, pues, ambas.

Hay necesidad de interactuar en el momento con los estudiantes, pero también hay necesidad de reflexionar y criticar sus propios esfuerzos. De hecho, hay una coincidencia generalizada en que la enseñanza es un concepto que refleja la actividad de un práctico reflexivo. Se ha comentado que la experiencia en la enseñanza es sólo educativa en cuanto

reflexión cuidadosa y sistemática. Esto aumenta la importancia de ambas. Los profesores, dada la complejidad y sofisticación de los nuevos tiempos, necesitan una buena dosis de sofisticación en el conocimiento y en la acción. Como decía Dewey, el perfeccionamiento del profesorado sólo se puede conseguir a través de un equilibrio entre acción y reflexión.

Una de las características únicas de la enseñanza como actividad profesional es que el profesor practica en compañía de otros adultos. Actuar y reflexionar representan los procesos clave del desarrollo profesional. Ellos sirven como una piedra de toque para la eficacia del profesor. Se puede llegar a conseguir, sin embargo, las dos metas del artista y del científico.

Los buenos profesores desarrollan las habilidades de los estudiantes para pensar. Para conseguir esto los profesores deben comprobar cómo funciona el pensamiento en los seres humanos. El concepto de aprendizaje significativo es especialmente importante para el desarrollo del pensamiento del estudiante. Los buenos profesores son capaces de organizar actividades de aprendizaje significativo. Los buenos profesores ayudarán a los estudiantes en esta tarea comprendiendo y promoviendo los procesos de sensibilización, atención, adquisición, personalización y recuperación que determinan la medida en que los estudiantes son capaces de aprender significativamente.

Otro punto clave para el aprendizaje significativo es el conocimiento de la memoria humana. No sólo se debe construir el nuevo aprendizaje sobre el viejo, sino que los estudiantes deben ser capaces de organizar su nuevo aprendizaje lógicamente en su memoria de forma que esté disponible para el nuevo aprendizaje.

Los buenos profesores son sensibles a las diferencias individuales sobre el pensamiento de los estudiantes. Un aspecto importante de estas diferencias es el que se refiere a la inteligencia de sus estudiantes que no es una, sino múltiple (Gardner habla de siete clases de inteligencia, y Sternberg de tres). También es importante para el profesor comprender el desarrollo de esas clases de inteligencia con el tiempo. Otra fuente de diferencias es el estilo cognitivo que se refiere a las maneras características en que los sujetos perciben y tratan la información. La instrucción ineficaz raramente toma en cuenta las diferencias y planea actividades que no se ajustan a los sujetos. Un factor clave en la facilitación de las habilidades cognitivas de los estudiantes es el desarrollo del lenguaje. Todos los profesores deben ser capaces de comprender cómo se desarrollan las habilidades lingüísticas del niño. Deben ser igualmente capaces de suministrar instrucción en la lectura y escritura, que es la habilidad escolar más importante. El desarrollo de las habilidades de solución de problemas se logra también por profesores eficaces que comprenden la importancia de la solución de problemas en la vida moderna y lo acentúan de muchas maneras en la clase. Favorece igualmente el pensamiento creativo, comprende las condiciones que conducen a la creatividad y organiza eficazmente las actividades que permiten desarrollarla.

La enseñanza de calidad implica algo más que desarrollo de habilidades cognitivas. Los buenos profesores son capaces también de establecer una relación adecuada con sus estudiantes desde el principio. Interactúan libre y fácilmente con la clase, y los estudiantes los perciben como cordiales y auténticos. Los profesores eficientes acentúan más la cooperación que la competición en sus clases, lo cual desemboca en exigencias y logros maduros de aprendizaje para sus estudiantes. Asimismo, acentúan más el proceso que el producto. Sus metas generales son mejorar las relaciones entre los estudiantes y ayudar al desarrollo de su autoestima. Los profesores eficientes comprenden el desarrollo de los autoconceptos de los estudiantes y estructuran la clase de forma que favorezca la formación de autoconceptos positivos.

La habilidad de los profesores para acentuar la motivación de los estudiantes es la clave primera de toda acción escolar. Los autoconceptos positivos de los escolares aumentan su motivación para el rendimiento en la clase, pero también corresponden a los profesores otros factores implicados en la motivación como satisfacer las necesidades de los estudiantes, desarrollar sus intereses o ayudarles a conseguir una visión equilibrada de sus personas y de sus conductas.

Los buenos profesores tienen clases agradables, organizadas y productivas. En cambio, los profesores poco eficientes tienen dificultad en establecer las condiciones adecuadas para lograr conductas equilibradas y sensatas. La diferencia más destacada entre estos dos tipos de profesores es la habilidad de los profesores eficaces para prevenir los problemas de conducta. Se trata de profesores muy sensibles a lo que sucede en sus clases, tienen la habilidad de manejar las situaciones conflictivas y de superar las dificultades que se les presentan. Asimismo, suministran excelentes modelos de conducta y ayudan a los estudiantes a aprender a trabajar cooperativamente con otros. Por el contrario, los profesores poco eficaces ofrecen modelos de conducta poco deseables y no entienden su papel de ayudar a los estudiantes a aprender por observación e imitación.

Los buenos profesores son capaces de comunicar a los estudiantes lo que ellos deben aprender. Están mejor organizados que los profesores poco eficaces e informan a los estudiantes de lo que deben hacer y de cómo hacerlo. La presentación de metas y objetivos claros a los estudiantes que los buenos profesores realizan en sus clases produce excelentes resultados ayudando a los estudiantes a preparar las clases, a mejorar su rendimiento y a manejar estratégicamente los materiales escolares. El establecimiento de objetivos claros y precisos influye también en la forma en que los profesores preparan y desarrollan sus clases.

- Los buenos profesores saben determinar el punto exacto donde debe comenzar la instrucción para cada estudiante, el ritmo que debe seguir a lo largo de la clase, el nivel de complejidad de los contenidos y la necesidad o no de atención individualizada. Los profesores poco eficaces aburren a los buenos estudiantes y ahogan a los estudiantes con dificultades que no pueden seguir el ritmo de los mejores.

La buena instrucción se planifica cuidadosamente y se ajusta cuantas veces se hace necesario. Los estudiantes reciben la orientación y el feedback adecuado para su aprendizaje. El sistema de evaluación mide no tanto el producto final cuanto el momento en el que se encuentra el estudiante con relación al proceso de aprendizaje, lo que permite ajustar continuamente la instrucción y cambiarla si fuera preciso. Los profesores eficientes tratan de satisfacer las demandas de los estudiantes con necesidades especiales, tanto en la parte superior de la curva como en la parte inferior de la misma.